

El reflejo del impostor

IL Carpio



Image not found.

Capítulo 1

Me encuentro al borde de la abismal muerte, mis últimos anhelos de vida dependerán de que tan larga sea la caída, pero ¿qué otra solución puede haber? Me he cansado de reflexionar sin llegar a una conclusión, sé que he obrado mal, pero ¿acaso era este castigo necesario? no encuentro motivo para mi tormento. Él es parte de mi ¡No quiero que me siga más tiempo! si dejo de existir, ese impostor que surgió de mi malicia también lo hará... al menos eso espero.

...

Aún recuerdo cuando era niño, las parpadeantes luces en mi cuarto brillando a través de la ventana que daba hacia la calle. Y ni qué decir del poderoso ruido de explosiones causadas por mis videojuegos favoritos. Apuesto a que se escuchaban en toda la cuadra impidiendo dormir a los vecinos. Pero que iba a saber yo, un muchacho despreocupado e inconsciente de mis actos. Solo me quedaba allí, con mi aspecto descuidado, pasando horas frente a la televisión jugando juego tras juego como si no hubiera un mañana, tal y como hice ese largo día. Pronto mi vicio fue interrumpido. Tocaron la puerta, era mi madre.

—Iván, te he estado llamando para cenar ¿por qué no bajas? — dijo entrando a la habitación, intentando no tropezar con el desorden que cubría el suelo—. ¿Cuánto tiempo llevas ya jugando eso? Apágalo, tu papá te llama, quiere hablar de tus calificaciones.

¡Agh! mis calificaciones eran tan terribles, que no podía darle la cara a mi padre. Solo iba a la escuela a perder el tiempo, a dormir y a "calentar el banco". Prescindí de ella simulando no oír nada. Mi madre se quedó de pie un momento esperando a que obedeciera, apresurándome constantemente mientras se disponía caminar hacia la puerta. Pasé la mano sobre mis cabellos despeinados y oscuros. Estaba comenzando a fastidiarme.

— ¡Ya te escuche! bajo en 5 minutos— dije altanero cerrando de golpe la puerta casi en su cara, rozándole su flequillo rubio para después colocar el pasador.

Me arrepiento de esa actitud, fui un grosero y lo peor es que siempre he sido así. Conforme iba creciendo mi actitud empeoraba cada vez más, llegando al punto de ser insoportable. Por mi cuenta no era capaz de darme cuenta del daño que provocaban mis actos. Estaba preso en mi mundo.

Horas más tarde, mi padre llamó desde la puerta, opté por ignorarlo. Di un sorbo a la bebida gaseosa y subí el volumen de la

televisión; no me molesté en escuchar y mucho menos me digné a bajar.

Casi a media noche con los dedos y ojos ya cansados de tanto jugar, me puse de pie, tenía las piernas entumidas y al levantar el vaso, sin la más mínima intención lo derramé en el piso. El fluido corría juntó al espejo hacía la entrada como en busca de la libertad. Al girarme, aún torpe, observé mi reflejo como si me llamará. El reflejo de una persona inmadura y egoísta... por solo un momento reflexioné sobre la actitud de hace un momento con mis padres. Pero ahora pensándolo bien, ellos eran demasiado permisivos conmigo.

Mientras pensaba en ello, hubo un súbito apagón. Sentí un chispazo por detrás, probablemente se trataba del transformador dañado cercano a la ventana. Envuelto por la silenciosa oscuridad no me quedó más remedio que acostarme a dormir. A mitad de la noche una fuerte luz azulada me despertó por debajo del grueso cobertor; el videojuego estaba encendido.

—¿Tan pronto volvió la luz? —pensé asomando la cabeza sobre éste. Con los ojos entreabiertos cegados por la incandescencia, pude distinguir a un joven de mi misma complexión delgada sentado frente a la televisión.

—¿Y tú quién eres? — pregunté tontamente tallándome los ojos. Cuando logré aclarar mi visión, el sujeto ya no estaba pero la televisión continuaba encendida.

Capítulo 2

A primera hora de la mañana siguiente revisé los aparatos, mientras lo hacía no podía dejar de sentirme observado por una penetrante mirada. En mi desorganizada habitación no había ninguna otra presencia, estábamos solos mi reflejo y yo, el cual parecía observarme maliciosamente. Además de esto, me inquietaba el curioso hecho de que no había vuelto la luz (aun no era reparado el transformador), imposible que aparatos eléctricos funcionaran sin éste, por lo tanto esto solo significaba que lo visto anteriormente había sido solo un sueño.

Bajé a desayunar, la casa estaba tan vacía que podía escuchar resonar el eco de mis pisadas. Mamá y Papá habían salido. Viéndome solo y sin supervisión, me senté a desayunar en el amplio sillón de la sala, cuando fui sorprendido por un fuerte ruido proveniente de la cocina. Parecía como si alguien hubiera arrojado los platos al suelo, tal vez estaban mal puestos. Fuera lo que fuera era seguro que me regañarían, los ordené y volví a ese sillón tan cómodo.

Al volver, en ese mismo lugar, se encontraba un chico de jeans con playera color mandarina, su cabello era oscuro algo despeinado y su piel aperlada. En otras palabras, era yo quien estaba sentado pero sin serlo en realidad. Confuso, sí, pero es lo que vi. No pude creer lo que veían mis ojos, era irreal ver aquel sujeto similar sentado observándome, al igual que un reflejo. Quizá la única diferencia era la expresión de su rostro. El intruso tenía una sonrisa perturbadora y sus ojos sin brillo denotaban frialdad. Cuando me acerqué para asegurarme si era real o no, entraron mis padres con las bolsas del mandado. De nuevo el extraño se había ido.

Olvidándome de todo esto, decidí nuevamente pasar el día frente a la televisión (la luz ya había vuelto), cuando bajé a comer algo fui reprendido por haber roto los platos y no solo eso, también por mojar la sala con cereal, recortar las cortinas y demás cosas que ni siquiera recordaba haber hecho (está bien, quizá lo del cereal si fue por mi culpa).

Así fue a partir de ese día, a diario era regañado en mi casa y en la escuela por cosas que yo no recordaba haber hecho o dicho. Travesuras y peleas con mis compañeros (menos mal que era yo tan recluso, no hubo amistades perdidas). No dije nada, solo acepté los castigos y regaños, siempre esquivando la mirada hacia el espejo que se mofaba de mí, pero es que quien en su sano juicio iba a creer semejante cosa que ni yo mismo era capaz de entender aún.

Tenía que averiguar qué es lo que me estaba ocurriendo. Cuando me encontré solo en el salón de clases, me escondí detrás del escritorio del

maestro, pronto alguien entró, se trataba del impostor al cual pude observar como dañaba el equipo de cómputo y robaba algunas cosas sin la más mínima señal de remordimiento.

—¡Eres tu quien me ha estado metiendo en problemas!

—grité sorprendiéndolo. Al verme, el sujeto huyo cargando los objetos robados. —¡Vuelve! ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Continué corriendo detrás de éste, que se había logrado esconder en el baño. Los pasillos estaban vacíos y nadie pudo ver la persecución. Cuando llegué pensé que el impostor se había ido, pero al verme en el espejo ahí estaba, con su tétrica sonrisa burlona sosteniendo varios mouse y usb. Vi mis manos pero yo no tenía nada. Golpeé el espejo pero era inútil querer sacar a mi propio reflejo; estaba arruinando mi vida.

Pase de ser "Iván el antisocial" y me convertí en un chico problemático, pero no el típico niño que molesta a sus compañeros, los empuja o les arroja cosas. Yo era "Iván el cruel" el que golpeaba al niño en silla de ruedas, el que robaba bolsas y mochilas, el que empujó a la maestra de las escaleras, el que mató a un cachorro a palos y otras muchas cosas que me cuesta trabajo mencionar (no, realmente no quiero recordar).

Tuve que aprender a vivir con la mala reputación que me representaba. El intruso nunca respondía las preguntas que le hacía, pero claro que podía hablar, aunque era solo para insultar a otros. Todos mis conocidos me evitaban e incluso mi propia familia se distanció de mí. Eso me hirió.

—Por favor ¡Mamá! ¡Papá! perdónenme —lloré y me disculpe mil veces.

—Pero tu dijiste que nos odiabas y deseabas que estuviéramos muertos —respondió mi madre dejando caer sus lágrimas sobre el tronco de mi papá, que inmediatamente la abrazó.

— ¡No! jamás diría algo como eso iese no era yo! ise los juró!... no era yo...

Mi voz sonaba cortada, y mis manos temblaban sobre mis rodillas. Me di cuenta de que finalmente había cambiado, ya no era aquel niño mimado que hacía lo que le venía en gana. Ahora lo que más deseaba no era irme a mi habitación a jugar, lo que anhelaba era el perdón de mis padres.

Ellos me perdonaron, pero nada cambiaba en nuestra relación, seguían teniendo una actitud indiferente hacia mí. Como un extraño. Eso me dolía pero considerando todos los problemas que les hice pasar, era razonable.

Capítulo 3

Pase al menos 3 años así y conforme iba creciendo, el inmoral comportamiento del impostor del espejo, también lo hacía. La misma crueldad de antes pero agregando que ahora se la pasaba conduciendo autos ajenos, rayando paredes, toqueteando a las chicas e incluso en una ocasión se decía en la escuela que íme vieron corriendo completamente desnudo en la calle! no quiero siquiera imaginarlo ¡qué vergüenza!

Y pronto el inevitable día en el que la policía estuvo frente a mi puerta, llegó. Se me acusaba de robo a mano armada en una tienda, pero ¿de dónde iba yo o el impostor a sacar un arma? Solo se me ocurría que haya utilizado una cuchara o un plátano! De otra forma sonaba ridículo. En mi casa no había armas y los cuchillos ni siquiera eran filosos, parecían estar hechos solo para embarrar la mantequilla.

Mencioné este punto a los oficiales pero en cuanto subieron a inspeccionar mi cuarto, encontraron una navaja sobre mi cama, ahí a simple vista. Debajo de ésta, estaba la mercancía y el dinero robado (un desenlace bastante obvio ahora que lo pienso).

Mi cabeza estaba hecha un caos ¿en qué momento ese sujeto robo un arma? Incluso tuvo tiempo de asaltar una tienda.

—Pero ¿y si en verdad fui yo? —me decía. Estaba comenzando a cuestionarme a mí mismo. Mi cordura estaba comenzando a caer, pero me mantuve firme. No estaba loco... creo.

Retiraron los objetos robados para devolverlos, yo me encerré en el baño a reflexionar. A lo lejos podía escuchar a los oficiales hablando con mis padres. Decían algo sobre enviarme a un reformatorio, pues papá les dijo sobre mis anteriores “travesuras”.

Si la situación continuaba de esta manera terminaría convertido en un criminal, un experto ladrón o asesino serial. No quería que mi vida acabase así. Se lo denigrante que es llegar a vivir en una cárcel, de hecho es peligroso. Mi corazón comenzó a latir intentando escapar por la garganta, la cabeza me daba vueltas y el sudor de mi frente me escurría hacia los ojos, alejándome de la realidad. Me enjuagué el rostro en el lavabo con agua bien fría. Levante la vista buscando una toalla y cuando me vi en el espejo, no había señal de burla en mi rostro. Los ojos eran cálidos. Era una cara casi desconocida que no había visto de hace años. Me había olvidado de mis propias facciones.

Quede admirándome nostálgico unos segundos pero, si yo podía verme quería decir que algo estaba mal. El impostor no estaba frente a mí, solo

podía significar que estaba fuera haciendo de las suyas.

Salí cauteloso del baño intentando no llamar la atención de los oficiales y mis padres que hablaban con seriedad. El falso yo se adelantó. Se encontraba en cuclillas a espaldas de un policía, estaba a punto de hurtar su pistola. Ya no había tiempo para sigilios. De solo pensar en las atrocidades que cometería ese sujeto con el arma letal, podría llegar a matar a mis padres ¡su vida estaba en peligro! Me obligué a correr desesperado para detenerlo. Ninguno de los dos fue notado hasta que el golpe de las rodillas del oficial cayendo al suelo, retumbaron en el piso de madera. El impostor desapareció frente a mí, al parecer nadie pudo verlo. Lo que si estaba era mi mano sobre la pistola en el cinturón del policía. Encontré a aquel sujeto en el espejo de la vitrina burlándose con mudas carcajadas.

El segundo oficial me levantó de inmediato y me ató las manos con las esposas detrás de la espalda antes de que yo fuera a tomar la pistola.

—Haremos lo que se platicó entonces —dijo el policía irritado sujetándome con agresividad, a pesar de que yo no hacía mucha fuerza. Bajé la mirada derrotado. Mi padre asintió dudoso, mi madre secaba las lágrimas de sus mejillas rosas con un pañuelo. Ya no sabía si decir la verdad o no, es decir ¿quién iba aceptar que otro como yo era quien hacía el mal y que para colmo había salido del espejo? Pero dada la gravedad del asunto no tuve más opción que confesar lo que hace tantos años había guardado en secreto. Si salía por la puerta probablemente nunca más volvería a entrar.

—Eso no te va a funcionar muchachito —dijo el que me sostenía intentando ahogar una carcajada. Hablé casi sin respirar, mis padres me observaban sorprendidos y dudosos a la vez. Ese tipo de reacción me esperaba, sabía que si confesaba no me creerían. Por fortuna mi insistencia fue tal, que los cuatro en la habitación comenzaron a mirarse entre ellos arqueando las cejas interrogantes. Incluso lloré al sentirme impotente.

Capítulo 4

Ese día no fui al reformatorio. Terminé en una especie de consultorio muy colorido hablando con una señorita muy gentil. Una psicóloga. Si ya había llegado a este punto entonces ¿para que retroceder? ¿qué más da?... Ingenuamente le conté lo sucedido también a ella, es decir, el deber de esta persona era el de ayudarme, no perjudicarme. Un gran error.

Continué mi existencia en aquel lugar al que temía me orillara ese sujeto. Tenía puesta una bata blanca, al igual que las otras personas que reían, lloraban o gritaban sin razón; se golpeaban, escupían, brincaban y cualquier actitud fuera de lógica. Un panorama horrible. No puedo decir que yo estuviera mejor que ellos. De hecho, en ese momento, sentía tanto vértigo que me tuve que sentar en una esquina sosteniendo mis rodillas, tembloroso, mientras observaba aterrado todas las incoherencias. No sé qué era peor, si la gente que se sacudía de un lugar a otro sin control o el personal supuestamente capacitado que forcejeaba con ellos, les gritaba e incluso a veces los golpeaban. Recuerdo como una enfermera con sobrepeso me levantaba del brazo y se irritaban con mi lentitud y los temblores que se apoderaban de mi cuerpo. Como no iba a estar así, con todos esos antidepresivos que me obligaban a tomar.

Así se consumían mis días jóvenes, viviendo un apocalipsis diario y eterno. A veces el personal se iba a comer y nos dejaban solos. Todos listos para atacarse unos contra otros. El maldito impostor no perdía oportunidad, le seducía el dolor ajeno. Pienso que tal vez se alimentaba del sufrimiento. Le gustaba involucrarse con esas personas, confundiendo sus perturbadas mentes y propinándoles alguno que otro golpe. Ya de por sí, los pobres eran maltratados por las enfermeras crueles. Me daban algo de lástima, pero después me veía a mí mismo siendo parte de ellos. Entonces sentía lástima de mí propio ser.

Me sentaba como siempre en posición fetal en un rincón, sedado por tantas pastillas que me hacían sentir ajeno al mundo. Intentaba tranquilizar mi nerviosismo.

—No estoy loco, no estoy loco —me repetía constantemente, mientras veía como el impostor golpeaba a una mujer con demencia...

Observaba aquella locura que ya me parecía de lo más normal. Poco a poco iba cerrando mis ojos hasta que los medicamentos me hacían dormir.

Con el tiempo me fui adaptando a ese lugar. A veces un agradable anciano se sentaba a mi lado y me contaba historias de su juventud. No me parecía que él estuviera loco, solo era senil; me hablaba sobre la vez que visitó el mar y se pasaba a otro tema completamente distinto, como

la vez que se casó o cuando sus papás le regalaron un perro. Temas aleatorios y sin ningún orden. Propio a su edad. Sería que más bien sus hijos, de los que él me hablaba maravillas, no quisieron pagarle el asilo de ancianos. Un día entre sus pláticas habituales dijo algo que me desconcertó, pero a la vez me dio esperanza.

—Sabes Iván, yo nunca he tenido alucinaciones, te lo aseguro. Pero tu muchacho, tu estas tan loco que hasta yo puedo ver lo que tú ves.

El anciano divagaba, sus palabras eran incoherentes, pero mentiras no podían ser. Apuntaba hacia el falso Iván mientras reía un tanto nervioso. Y él no era el único, otras personas también podían vernos a ambos. Algunos se tallaban los ojos, varios se asustaban y a otros les hacía gracia. Esto me ayudó a convencerme a mí mismo de que no estaba alucinando. Pero el problema sería convencer a los demás, es decir ¿quién creería en las palabras de un grupo de enfermos mentales?

Procuraba no ser sociable igual que en la escuela, aunque Francisco, mi anciano compañero, me incitaba a hablar. Se la vivía junto a mí, tal cual cariñoso abuelo. La verdad no me molestaba.

Un día el impostor hizo una de las tantas cosas que jamás le perdonaré: íbamos caminando y éste salió de un espejo, sorprendió a Francisco, quien me acompañaba y por la sorpresa cayó de una escalera pequeña. Él era ya muy frágil, lo enviaron al hospital. Jamás regresó al sanatorio. Me temo lo peor, pero tampoco pierdo la esperanza de que tal vez sus hijos finalmente cuiden de él. Ese sujeto lleno de malicia hería a quienes me frecuentaban, me aislé nuevamente de todos por su bien y me limité a tomar mis medicamentos tal y como se me indicaba. Dormía largas siestas día y noche.

Pasé un largo tiempo así, no puedo decir cuántos días, meses o años. En ese lugar no tenía un reloj biológico, el tiempo pasaba así, sin más. Llegó un momento en el que el impostor se aburrió, se sentó frente a mí y por primera vez me dirigió la palabra.

—Estar aquí encerrado es aburrido, dejaré de venir por un tiempo.

Y antes de que yo pudiera decir cualquier cosa, se desvaneció frente a mis ojos. Pero no del todo, aún lo veía en mi mirada.

Supuestamente mostré signos de mejoría y se me permitiría salir. La alegría no me cabía en el pecho, pero nadie vino por mí. Mis padres me habían abandonado.

Capítulo 5

Habiendo cumplido la mayoría de edad, pude huir de aquel tormento. No más medicamentos, no más personas abalanzándose en plan de atacarme y no más castigos infundados del personal. Hacía tiempo que no veía al impostor pero era seguro que volvería. A no ser que yo en verdad estuviese loco y por fin me hubiera curado.

Llegué a mi casa, esperaba que estuviera vacía y así fue. Las paredes antes blancas estaban tapizadas de polvo hasta el techo. El suelo tenía una gruesa capa ceniza y los muebles, no ¿cuáles muebles? En lugar de éstos había telarañas. Al parecer los insectos eran mi nueva familia. De principio me sentía traicionado por mis padres y lloraba y golpeaba el suelo, me consolaba desperdigado las nubes de polvo que me abrazaban. Cuando finalmente me hube desahogado pensé: ¿y si el impostor les hizo algo? Ese sujeto no necesitaba estar necesariamente cerca de mí, se movía a sus anchas, lo sabía por aquella vez que robó.

Caminé hacia la escalera de la sala de estar, sabía que entre los escalones había un hueco; papá escondía dinero ahí para ahorrar en caso de que nos robaran. Levanté la madera roída y suspiré aliviado al ver que había una buena cantidad de billetes. No me duraría de por vida. Necesitaba saber de mis padres.

Lo primero que hice fue ir a la casa de un tío cercano, no me recibió de buena gana, ni siquiera me dejó entrar.

—¿Sabe dónde están mis padres? —pregunté con los ojos muy abiertos y sin formalismos.

—No están aquí, vete —me respondía indiferente a través del pasador de la puerta. No habría la puerta totalmente, desconfiaba de mí. Probablemente se enteró de todo.

Persistentemente cerraba la puerta pero no se lo permití, no me iría sin respuesta.

—¡Bah! Se han ido, te han abandonado. ¡No los busques! Se fueron del país, no quieren volver a verte. Les avergüenza ser los padres de un loco... —suspiró reflexivo y continuó con pesar —Y ellos que siempre fueron del buen ver. Todos los días rumores sobre el hijo al que internaron en el psiquiátrico, vivir con eso durante cuatro años. No sabían cómo dar la cara, burlas en cada esquina que cruzaban.

Que terribles padres, irse y abandonar a su hijo supuestamente incapacitado mental. Probablemente pensaron que estaría internado de por vida. Pero veme aquí afuera. No, tal vez conservaron ese 1% de

esperanza de que algún día saliera. Por eso no se llevaron el dinero de la escalera. Quise creer eso y así mantenerme en pie para evitar que la tristeza y soledad me derrumbaran. El vacío que sentía dentro de mí se iba llenando de culpa y, aunque no era yo quien había provocado tantos problemas, alguien tenía que cargar con la responsabilidad. Inocente o no mi vida debía continuar.

Aprovechando el tiempo y el dinero limitado no perdí un solo minuto, de inmediato busqué trabajo. Fue difícil ya que no había concluido mis estudios de secundaria, esos importantes años los pasé internado.

A la larga me permitieron trabajar en una fábrica de productos enlatados algo peligrosa, e incluso me sugirieron terminar los estudios a la vez en una escuela nocturna. Así lo hice, estaba entusiasmado por comenzar una nueva vida, en verdad lo estaba.

Toda esa mínima posibilidad de sueño se marchó cuando me vi a mi mismo, como en un espejo, poniendo ratones muertos dentro de las latas de alimentos. Si alguien compraba esos productos podría terminar envenenado y en caso de que vieran a tiempo el cadáver del animal, entonces la empresa estaría en problemas y yo perdería lo poco que había logrado cultivar. Me apresuré a tirarlas todas sin que nadie más me viera y use mi torpeza como pretexto. El tormento no había terminado para mí. Tenía la esperanza de haber estado loco y haberme curado pero no, nada había cambiado, el impostor seguía al acecho.

Al igual que de chico, me aislaba de los demás pero no del todo porque de milagro, y por extraño que parezca por mi pesar, logré enamorarme como idiota de una dulce chica de sonrisa radiante. Todo en ella era perfecto: sus ojos de miel, su cabellera castaña, su complexión delicada y su corta estatura, todo mezclado junto a su actitud siempre tan positiva y servicial aunque trabajara en la misma fábrica que yo.

Trataba de negar ese sentimiento, sabía que no debía acercarme a ella o el intruso intervendría. Tristemente fue ella quien dio el primer paso... el primer paso hacía una tragedia que jamás olvidaré.

—Hola. Me han dejado a cargo de los empleados de esta sección... te llamas Iván, ¿cierto? — preguntó la chica en un tono amable.

Asentí sin palabras, quería alejarla con mi actitud indiferente, era por su bien.

—Me llamo Bianca —ofreció su mano para estrecharla, descortésmente pasé de ella—escucha te he observado... siempre tan solo, si tienes problemas yo te escucharé, puedes confiar en mí.

Los ojos de aquella mujer brillaban, tenía clara su intención de acercarse a mí. Aquellas simples palabras hicieron que mi pecho comenzara a sentirse ligero, como si me hubiera quitado una gran carga de encima. Nadie jamás me había ofrecido su ayuda tan a la ligera. Las emociones que sentía hicieron que estuviera a punto de llorar, quería contarle, desahogarme, pero me logré contener y comencé a hablar con calma.

Capítulo 6

Con el tiempo Bianca y yo comenzamos a forjar un especial lazo de amistad, confianza y comprensión. Para mi suerte el intruso no había intervenido aún.

Me arriesgué hablarle acerca de ese extraño ser que me acosaba desde hace ya tanto tiempo arruinándome la vida y dando como resultado una eterna soledad. Es probable que ella no me creyera en un inicio, aun así me apoyaba. ¿Qué me hizo pensar eso? Muy simple; solíamos hablar temas de ocultismo (tanto que incluso pensamos en conseguir una ouija), pero en una cita, cuando Bianca dejó su bolsa abierta, sin querer alcancé a distinguir un libro sobre psicología, a pesar de que ella no era estudiante. Disimule no ver nada. No le reclamé, su intención era noble.

Es probable que ella pensara que tenía yo algún trastorno, (no le hable del psiquiátrico) ya que el inevitable día en que supuestamente comencé a insultarla de la nada y sin razón, fue donde se dio cuenta que mi mirada era completamente diferente. Ella misma admitió que en definitiva parecía una persona totalmente distinta.

Su apoyo fue tal que juntos fuimos a hablar con una muy misteriosa y esotérica mujer. Me pregunto porque no hice eso desde un principio. La mujer escucho atenta mi historia y no dudo de mis palabras. Hablábamos con tanta normalidad como una persona hace al hablar del clima o cualquier otro tema trivial.

—Se trata de un ente maligno, un espíritu probablemente que se materializa y se alimenta de ti —concluyó la mujer.

—¿Y cómo lo ahuyentamos?

—Dices que se parece a ti. Intenta regresarlo al lugar de donde vino, al espejo.

La dama nos dio instrucciones y dicho pues, al día siguiente iríamos a comprar algunos espejos. Nos pusimos de acuerdo para vernos otro día cerca de la estación del ferrocarril para transbordar el autobús.

Tal y como se dijo, llegué a la estación. Las nubes no admitían la entrada de los rayos crepúsculos del sol. Todo era oscuridad. Apresuré el paso, tenía un mal presentimiento. A lo lejos pude ver a Bianca hablando con alguien, no podía distinguir bien su rostro, agudicé la vista y descubrí que con quien hablaba no era otro más que conmigo mismo, mi doble. No entendía, ¿no se daba cuenta de que no era yo? Si ella misma había

admitido que éramos diferentes.

El rostro del impostor era distinto, no tenía esa habitual sonrisa retorcida al contrario, era amable y pacífico; se me revolvió el estómago de solo verlo, bueno, de verme (?). No sabía que mi rostro pudiera lucir tan pacífico, pero la chica estaba cayendo en sus redes. Fingir ser yo con tanta perfección, obviamente tramaba algo y encima el fantasmal lugar estaba vacío por lo que era sospechoso. Sin dudar y con el corazón apunto de escapárseme del pecho corrí hacia Bianca y grité su nombre, ella apenas si alcanzó a ver sobre el hombro de este. Cuando el impostor se percató de mi presencia empujó fuertemente a la frágil chica y en solo un abrir y cerrar de ojos, el ferrocarril cruzó feroz y humeante frente a nosotros, utilizando como sus vías las frágiles piernas de Bianca.

Nadie se percató de que estaba seriamente involucrado en el incidente. De hecho el lugar estaba vacío, el escenario perfecto para atacar. Corrí despavorido a su lado, las manos me temblaban, no, todo el cuerpo. Como pude llamé a una ambulancia desde mi celular. Mientras, sujetaba con gentileza las manos salpicadas de sangre de Bianca y las besaba temiendo lo peor. Terminé involucrando a otro ser querido; esta sería la última vez.

Al despertar, interrogaron a Bianca sobre el incidente. Ella mintió diciendo que había sido un accidente pero la realidad era otra. Sé que ella antes de caer pudo ver lo imposible, vio al impostor y a mí corriendo detrás de este y aunque no estaba loca, nadie jamás le creería. Ella no me odiaba y lo menos que yo podía hacer era alejarme definitivamente de ella, por su bien. No podía perdonarme a sí mismo por haberla involucrado, el sonido del ferrocarril y los estridentes gritos de agonía al cesar me retumbaban en la cabeza. Al cerrar los ojos podía verla, cayendo lentamente, confundida, mientras el alegre rostro de Bianca se tornaba hacia el terror. Perdió ambas piernas. Ahora que era parálitica jamás volvería a su normal estilo de vida. No me atrevía a visitarla y aunque insistía en verme, yo no sería capaz de volver a verla a los ojos. No después de arruinarle su vida.

Capítulo 7

A la larga perdí mi trabajo, no podía siquiera conservar otro empleo porque siempre era despedido debido a mi conducta equívoca. Ya nada me importaba, lo único que quería ahora era aislarme de la sociedad, desconectarme en cuerpo y mente del mundo. Enseguida fui sumido en una abismal depresión inundada por cascadas de interminables botellas de alcohol, una tras otra sin fin. Ese era mi nuevo mundo. Sobrevivía con todo aquello que el impostor robaba. Sé que eran cosas robadas porque aparecían de la nada en la habitación. Yo salía por las noches a venderlas a un comerciante de piratería. ¿Quién era peor? ¿El que robaba o el que sacaba provecho de lo hurtado? Hacer eso me hacía sentir sucio, pero mis botellas de alcohol no se iban a comprar solas.

Desperté una mañana con resaca y con la boca seca, la cabeza me punzaba de dolor. Necesitaba beber más y así huir a un mundo en el que pudiera ser feliz.

Entré a una tienda de autoservicio para hacer mis compras sin prestar atención a nada ni a nadie, cuando de pronto escuché un fuerte golpe de cristales rompiéndose con violencia. Algunas personas gritaron y salieron corriendo: se trataba de un asalto.

Me pareció que el asaltante tenía algo familiar... claro, era el impostor haciendo de las suyas como siempre (en este punto ya ni siquiera me sorprendía)... Ahora que lo pienso ¿las cámaras de seguridad habrán captado algo?

Salí de inmediato sin prestar atención procurando no ser visto por la calle, la policía llegaría en cualquier momento. Me deslicé astutamente hasta mi casa satisfecho con mis compras; me fui sin pagar. Casi tropiezo con uno de los tantos espejos que había puesto para que el espectro no tuviera a donde escapar y causar más problemas, era la única forma de retenerlo, pero solo por un tiempo limitado ya que aunque era capturado dentro de múltiples espejos, éste con el tiempo lograba romperlos.

Al reflejarme en uno de los espejos pude ver a ese sujeto cargando un bulto lleno de dinero y que de hecho era la misma bolsa de la tienda asaltada. Empalidecí al ver que esto no era como aquella vez cuando en la escuela robó accesorios de computadora pero yo no tenía nada, no, esta vez sí tenía las manos llenas de dinero ¡yo! el verdadero Iván. Quizá en todo este tiempo era yo quien había cometido esas fechorías, tal vez los psiquiatras tenían razón y me había estado engañando a mí mismo.

Nadie llamó a la policía por lo del robo, o no pudieron dar con mi paradero, pero ahora con ese nuevo pensamiento que asechaba mi mente quise entregarme a la policía de inmediato, siendo esta la vía más fácil en

caso de ser cierto que mi mente jugaba con la precepción de las cosas. Cuando llegué y mencioné algunos de mis anteriores crímenes, incluyendo lo de Bianca, los oficiales se miraron entre sí burlándose. Probablemente pensaban en lo estúpido que había sido por entregarme. Perezosos los uniformados dispusieron de mí y me encerrarían en una celda durante setenta y dos horas legales mientras se comprobaba mi crimen. No me encerraron junto a los otros reos; un juez decidía si debían llevarme a un verdadero juicio. De igual forma estaba bastante sobrio y por fin alejado de la sociedad, era lo mejor.

La celda era deprimente, combinaba perfectamente con mi situación o con la de cualquier otro que entrara ahí, incluidos los empleados. Las paredes de bloques grises, desnudos y fríos, dejaban un sentimiento de pobreza espiritual e inquietud mental.

Recostado en la vieja litera oxidada intentando aclarar mi mente, apareció el impostor y se sentó junto a mí haciendo chillar la triste cama. Me observaba con sus ojos vacíos y su sonrisa burlona pero yo no le prestaba atención, creyendo que pudiera ser otra de mis supuestas alucinaciones.

Conforme más lo ignoraba más se acercaba a mí, nunca lo había visto tan de cerca. A esa distancia no sé si al menos fuera humano o simplemente yo ya no me reconocía. Teniéndolo de frente sin sus habituales escapatorias me decidí a hablar.

—¿Estoy loco? —pregunté sin ningún tipo de emoción. Quién mejor para responder que mi locura misma.

—No, no lo estás... aún.

Si eso decía entonces porque no creerlo, ¿qué más da? producto o no de mi imaginación el efecto seguía siendo el mismo. ¿Aún? Estaba claro que buscaba hacerme perder la cabeza.

Me arriesgué haciendo más preguntas, aprovechando que en esta ocasión se veía bastante cooperador.

—¿Por qué me atormentas?

—Eres tu quien se atormenta —dijo y se acercó mucho a mi pasando sus manos delgaduchas sobre mi rostro. Se sentía muy real. Pero también podía ser yo mismo tocándome la cara, eso nunca lo sabré. Entonces ¿yo mismo me atormentaba literalmente o era una especie de metáfora cruel? Me quedaba una última y simple pregunta.

—¿Quién eres? Estoy aquí conversando contigo, no hay espejos y no estoy

seguro de ser yo ¿eres alguien o algo más?

—Soy solo un vago reflejo —respondió y se alejó frente a mí ocultándose en el cristal de una ventana de la oficina del oficial. Eso no me aclaró nada y de hecho me hizo enfurecer más.

—¡Eres un maldito demonio! —grité rabioso viendo cómo se burlaba de mí desde el cristal. El guardia golpeó los barrotes para hacerme callar.

Capítulo 8

Pensé que en la cárcel estaría seguro pero me equivoqué, el falso yo caminaba a sus anchas en las calles, lo veía a través de los barrotes que daban hacia un callejón sucio. Y debo decir que apenas habían pasado veinticuatro horas desde mi encierro.

Les imploré a los oficiales que me encerraran en una habitación con espejos para poder controlar al sujeto pero por lo loco que sonaba y dados mis antecedentes en el psiquiátrico, continué mi estancia en una habitación acolchonada de la que casualmente disponían.

No me dictaron auto de formal prisión. Los cargos me fueron retirados al devolver los objetos y pagar una multa. En cuanto a mis otros crímenes, no se pudieron comprobar.

Regresé a la polvorienta casa sintiéndome impotente de quien fuera la siguiente víctima o el próximo peligro que pudiera llegar a ocurrir. Golpee los espejos en una fuga de ira rompiendo todos y cada uno de ellos con mis propias manos. Me hincué y apoyé sobre los restos de vidrio roto ensuciándolos con mis manos ensangrentadas y volví a preguntar con la respiración entrecortada.

—¿Quién... demonios eres?

—Ya te lo dije, soy solo un reflejo de lo que eres —me respondió a través del espejo roto frente a mí.

—Te equivocas, yo jamás hubiera sido así.

—¿Estás seguro?

... Logró hacerme dudar por un momento.

Una idea macabra atravesó mi mente.

—¿Y si yo muriera todo se solucionaría?

—No lo sé, adelante, inténtalo. Quizá así me cedas tu lugar y dejes de estorbarme.

Esas palabras me helaron, me paralicé, pero y si así era entonces ya no sería problema mío.

Aunque esta no era una solución confiable, tenía que terminar con el

problema.

Decidido salí de la casa con la mente en blanco, pasando un par de avenidas no muy transitadas llegué a un edificio abandonado en plena construcción, un monumento a mi vida, siempre en construcción y ahora abandonado y apunto de derrumbarse. Subí los seis pisos de escaleras sin detenerme a respirar hasta llegar al techo, el viento me no me golpeaba, me acariciaba ligero procurando no arrojarme. Caminé hasta llegar al borde del edificio dispuesto a terminar con mi vida.

...

Tomo aire y veo hacia abajo luego de haber reflexionado por un momento sobre mi existencia; el sentido que había tenido, el porqué de las cosas y si en verdad esa era una solución. Siendo el impostor parte de mí mismo si dejaba Iván de existir aquel ser también lo haría. Cuando era un niño grosero con mis padres tal vez me dividí en dos personalidades, o quizá él era un reflejo de ese mal comportamiento, pero también podía tratarse de un ente maligno que buscaba reemplazarme. Da igual lo que fuera, ese ya no será mi problema, no pienso soportarlo más tiempo. Aj... la cabeza da vueltas, el cuerpo no me deja de temblar. Temeroso doy un paso hacia atrás; tengo miedo. ¿Y si esta no fuera la solución? ¡Sí, eso es lo que él busca y yo estoy cayendo en su juego! De igual manera los problemas desaparecerán solo para mí, pero si el impostor toma mi lugar nada cambiará para otros. Doy un paso hacia atrás arrepentido, quiero regresar a mi hogar, no, en realidad quisiera regresar al pasado, corregir todo... extraño a mis padres. He dejado caer un par de lágrimas que estuve guardando por mucho tiempo. Decidí liberarlas hoy ya que siento que llegué al final del camino.

De repente siento como alguien me empuja por la espalda, nadie podría ser más que el falso yo, sonriendo hasta el final. Irónico, resulté ser la última víctima. Pero no estoy molesto <gracias> digo apenas moviendo los labios, sé que probablemente él me escucha, creo que jamás me hubiera atrevido a lanzarme por mi cuenta y ahora no me queda más que aceptar su decisión. Suspiro sin arrepentimiento y relajo el rostro antes consternado, con la mente ya en blanco puedo ver la calle de cemento gris cada vez más cerca, más y más cerca de mí.

Capítulo 9

Epílogo

Lentamente abrió sus ojos, el sonido era distante y la habitación en la que se encontraba era extrañamente blanca y limpia. A un lado de él se encontraban dos enfermeras y al otro lado sus padres quienes lo observaban felices y con lágrimas en los ojos. Le extrañó verlos junto a él pero a la vez estaba indescriptiblemente feliz. Según tenía entendido, había estado varios meses en coma. Comenzó a estudiar su entorno, revisó una carpeta la cual contenía hojas con garabatos de sus amigos y uno que en particular llamo su atención por su gran parecido a esa joven a la que amó. Se levantó de la camilla, se desconectó las máquinas heladas que lo mantenían preso y con sus pies descalzos caminó hacia el baño sin perderse, aún algo desorientado. Al ver su reflejo en el espejo se dio cuenta de que era solo un niño, pero esa maliciosa mirada seguía presente.

Capítulo 10

¡Saludos!

Y gracias por llegar hasta la parte final de esta historia. Este es el primer borrador que logro completar en limpio (tengo otros aún en libretas). Me llena de alegría que algunos se hayan tomado la molestia de leerla en su totalidad y desde luego agradecería aún más que la puntuaran ino estoy mendigando likes como en Facebook! xD

La razón de existir de esta historia es muy simple, siempre me he sentido intrigada hacia los espejos, probablemente ésta no sea la única que escriba sobre ese tema. Algunos dicen que son entradas al mundo de los muertos, para mí son como portales. Fascinantemente aterradores. Tenía 2 finales en realidad, un final alternativo pues. En ese el protagonista queda sellado en el espejo y el impostor se apodera de su vida diaria, pero me pareció algo cliché y después de pensarlo bien me decidí al actual epílogo.

Originalmente esta historia estaría en un concurso literario universitario pero por razones de la vida (y falta de tiempo) pensé que sería mejor colocarla aquí. J